



Queridos amigos:

Otra vez estoy con vosotros para ofreceros un par de reflexiones que detengan vuestra vida para hurgar un poco en su trastienda. Le he dado muchas vueltas a qué escribiros porque no encontraba una idea que intuyera que os pudiera interesar. Veamos si he dado con algo.

Este mes me gustaría invitaros a mirar la mirada, a sentir el sentimiento, a pensar los pensamientos... Mi propuesta es que os detengáis para ver cómo os enfrentáis al mundo antes de actuar, para que pongáis delante de vosotros los pensamientos que os mueven de manera inconsciente. Pienso en alto sobre un caso concreto.

Uno puede levantarse y, sin darse cuenta ni pretenderlo, convertir todo el día en un libro de reclamaciones. Su mirada sólo está atenta a lo que no le gusta, a lo que no está bien, a lo que no funciona... Da lo mismo si es algo de la residencia, de la clase o la universidad, del compañero que tiene al lado, de su cuerpo, de su tiempo... Esto no lo hace uno voluntariamente, pero puede haberse acostumbrado sin darse cuenta a que todas sus conversaciones o pensamientos terminen dándole vueltas al lado oscuro (*de la fuerza*, dirían los *fans* de 'La guerra de las galaxias'). No es que neguemos lo que está bien, sabemos reconocerlo si llega el caso, pero a fuerza de vivir y hablar sólo desde la imperfección de las cosas podemos olvidar que la mayor parte de lo que nos rodea es un lujo del que disfrutar, porque la vida misma con todas sus imperfecciones es un lujo de la naturaleza.

Podemos levantarnos y contemplar el día como un espacio para el encuentro, para el descubrimiento de lo nuevo, para la alegría, para el amor a la realidad, para sacar de nuestro interior lo mejor de nuestra humanidad (la simpatía, el perdón, la generosidad...). Así la vida es una gozada aunque no haya nada especial, porque aparece como un verdadero regalo que no puede estropear ni siquiera el que venga mal envuelto.

Pero esto no se improvisa, porque tenemos bastante maleado el movimiento de nuestros afectos. Nos han convencido, y no sé a quién podríamos echar la culpa, de que nuestra vida sería feliz si todo funcionara como el reloj de los marqueses en el que cada minuto aparece rodeado de un servicio impecable dispuesto a que todo esté a su gusto. Y si no es así, pues ya se sabe, se despide al criado. Pero, ¿y si no nos dejásemos llevar por lo inmediato, es decir: "si todo está a nuestro gusto, bien; si no, todo es criticable"?

Yo creo que uno de nuestros trabajos más importantes es aprender a decirnos cada mañana: "busca la riquezas de este día", y luego ir a por ellas, y luego recordarlas, revivirlas, compartirlas para hacerlas más grandes y que envuelvan con su alegría nuestro ambiente. Pero también aprender a disculpar los errores que nos envuelven, los de los demás y los nuestros, no dejar que ocupen demasiado espacio en nuestro pensamiento ni en nuestras conversaciones. Esto significa aprender a vivir de manera imperfecta sin que esto nos amargue. Nada se improvisa y menos aún una alegría que de continuo nos sostenga.

Los cristianos creemos que estamos habitados por el Espíritu de Dios que nos impulsa a buscar sus dones: todo lo que en la vida Él ha escondido para nosotros (Es como el juego del escondite: hay que buscar y cansarse, pero con la alegría de quien juega). Creemos también que sólo es posible recogerlos con alegría si no convertimos cada paso en un comentario ácido sobre lo malo, sino en un encuentro en el que podemos dar y recibir vida pase lo que pase. Este Espíritu nunca abandona su trabajo en nosotros, pero queda de nuestra mano acoger su impulso. Quien mira así sabe de verdad lo que es el amor a la vida, pero ¡nos queda tanto que aprender! Nada más.

Un saludo. Paco